

# REMINISCENCIAS IDOLATRICAS EN MONUMENTOS COLONIALES

P O R

RAFAEL GARCIA GRANADOS

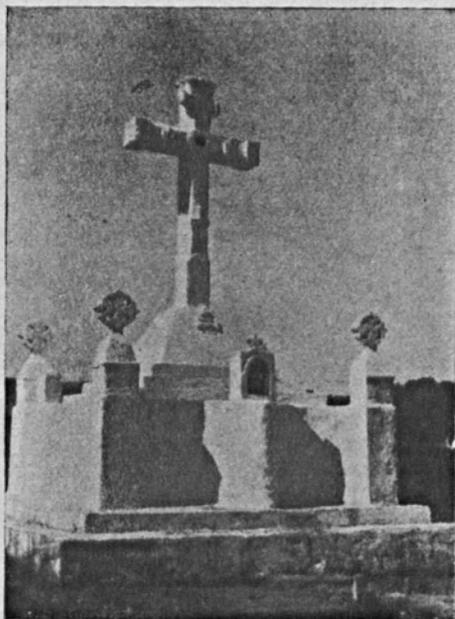
**E**N una de las últimas sesiones de la Real Academia Española de la Historia, el distinguido historiador peruano don José de la Riva Agüero disertó acerca de las escasas influencias indígenas que, según él, existen en el arte cristiano de los tres siglos de la dominación española; y combatió las ideas, al respecto, del arquitecto Martín Noel y de algunos mexicanos a quienes no mencionó. Académicos españoles comentaron elogiosamente el trabajo del señor Riva Agüero y apoyaron sus ideas.

No acertamos a comprender el empeño de algunos críticos españoles por negar la importancia de los aportes indígenas en su arquitectura. A nuestro entender el arte renacentista español no necesita, para brillar, de sus manifestaciones en América; en tanto que el interés de éstas radica precisamente en los aportes indígenas que, lejos de disminuir sus excelencias, le abren nuevos horizontes.

Así lo han comprendido los españoles mismos que, como don Diego Angulo Iñiguez, han estudiado sin prejuicios los monumentos españoles de América. En la introducción a la publicación monumental de los "Planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas, existentes en el Ar-



Cruz en el atrio de la Iglesia de San Felipe de los Alzates. Fot. J. M. Quintana.



Cruz en el atrio del Convento franciscano de Tajimaroa. Fot. J. M. Quintana.



Escudo franciscano sobre la puerta de la Iglesia de San Felipe de los Alzates. Dibujo de Justino Fernández.



Esculturas teotihuacanas del Museo Nacional con horadaciones que estuvieron cubiertas por piedras finas.



Esculturas aztecas del Museo Nacional que presentan horadaciones semejantes a las de algunas figuras toltecas.





Esculturas aztecas del Museo Nacional con igual particularidad que las anteriores

chivo de Indias" (Madrid, 1939), dice este erudito crítico de arte: "Dificultades de orden material, sin duda, habían hecho olvidar a nuestros investigadores que el arte español, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, no se reducía a la Península, sino que se extendía a otro lado del Atlántico, incluso que en algún aspecto como el de la arquitectura barroca, *el centro de gravedad se encontraba más bien en América que en la España europea*. Era urgente la aportación a la historia del arte hispanoamericano de cierta entidad".

Si la arquitectura, como todas las artes, obedece al espíritu, será menester al estudiar los monumentos tomar en consideración la mentalidad del pueblo que los concibió. Y si en la actualidad encontramos todavía ídolos cuidando cabras y abejas con ofrendas de flores y velas de cera; y si en lugares distantes pocos kilómetros de la ciudad de México se les sacrifican periódicamente guajolotes y codornices, tendremos que convenir en que semejantes manifestaciones paganas fueron más frecuentes en una época más cercana a la conversión al cristianismo de los indios. Así lo afirma Motolinía en sus "Memoriales". (París, 1903). Págs. 32 y 33: "... escondían los ídolos y los ponían en los pies de las cruces, para allí guarecer la vida de su idolatría. . . ., porque a los pies de las cruces no se podían ir teniendo tan buena guarda". "Y estos (ídolos) en muchos días (los frailes) no los pudieron acabar de destruir, así por ser muchos y en diversas partes, como *porque hacían otros de nuevo cada día. . .*"

Los numerosos aportes indígenas en la arquitectura cristiana de los tres siglos de la dominación española en América, han sido vistos con particular interés por varios investigadores durante los últimos años. Sólo queremos hoy dar cuenta de una supervivencia idolátrica indígena en monumentos de la segunda mitad del siglo XVI o de la primera del XVII, que no había sido observada anteriormente según creemos. Se trata de una cruz en el Convento franciscano de Tajimaroa (hoy Ciudad Hidalgo); de otra en el atrio de la pequeña iglesia de San Felipe de los Alzates y de un escudo franciscano sobre la puerta de esta última iglesia.

Por lo que toca a las dos cruces, observamos que en el centro de ellas, es decir, en la intersección de los brazos con el árbol, se encuentra un disco de obsidiana perfectamente pulido. Sobre la puerta de la pequeña Iglesia de San Felipe de los Alzates —en el Estado de Michoacán, como Tajimaroa— hay un pequeño escudo de la Orden Franciscana en el que también se halla un disco pequeño de obsidiana en la intersección del brazo de San Francisco

con el de Cristo. Esta forma de escudo franciscano en los monumentos de México, aparece a principios del siglo XVII, sustituyendo al de las cinco llagas que se usó en el siglo anterior.

El interés de estos discos de obsidiana radica en que, para nosotros, son una reminiscencia indígena muy clara. Leemos en los "Anales de Cuauhtitlán" (México, 1885), pág. 14, en la columna de la versión de Gumesindo Mendoza y Felipe Sánchez Solís: "Y se dice que, en este mismo año, la madre de Quetzacoátli, que fué llamada Chimaucan, se ha dicho de la misma manera que ella la madre de Quetzalcohuatl *se tragó una piedra preciosa, y esta se colocó en el seno de ella*".

El códice Aubin (2 tecpatl 1364) traducido del náhuatl por Seler, dice: "Ellos colocaron vivo al Cacique Chilchiquahuitl, el Cacique de Culuacan, en el interior de su (recién construída) pirámide de tierra, *lo convirtieron en el corazón de esta pirámide*".

Las dos citas anteriores dan claramente la idea de que la mentalidad indígena introducía en sus monumentos y en las imágenes de las divinidades de su Panteón, un elemento precioso, extraño al monumento mismo, cuya misión era darle vida, de la misma manera que el corazón humano es el símbolo de la vida del hombre.

Basado sin duda en estas consideraciones, o apoyado quizá en otros textos que desconocemos o no recordamos, el sabio alemán Eduardo Seler, al describir en el tomo V de sus "Disertaciones" (Segunda parte, Capítulo Quinto), la escultura monumental tolteca que se encontró al pie de la Pirámide de la Luna y que se cree estuvo sobre ella, dice: "Abajo de la mitad del collar se ve un agujero circular. En él, es seguro que estuvo colocado un chalchihuitl, una piedra preciosa verde, que era el corazón de la figura de la diosa, *el cual convirtió el ídolo en algo vivo*".

Esta escultura teotihuacana es probablemente, entre las que se conservan, la más antigua que tuvo incrustada en el pecho una piedra fina, no sabemos si verde, como cree Seler, o de obsidiana, o turquesa como se ve en esculturas posteriores.

Son varias las esculturas aztecas que presentan igualmente una horadación circular en el pecho donde estuvo alojada la piedra preciosa simbólica. A título ilustrativo reproducimos aquí varias esculturas toltecas y aztecas que creemos ser los antecedentes simbólicos y naturales de los tres discos de obsidiana en los monumentos cristianos de Michoacán que hemos mencionado.